

Covid-19 se hizo real para nosotros cuando nuestro hermano mayor, el Padre Johannes, murió a causa de este virus el 31 de marzo. Fue al comienzo de las infecciones en nuestro país, y especialmente en nuestra región, que fue la más afectada. Nuestro enfermo, se ocupó con cariño por Fr. Johannes, pero él mismo se infectó. Fue y sigue siendo un hecho doloroso para la comunidad el que los hermanos no pudieran despedirse adecuadamente del Padre enfermo y que su funeral se celebrase de una manera extremadamente austera. Después del funeral, el virus permaneció en la comunidad durante semanas. Algunos hermanos se sintieron enfermos, pero dieron negativo y otros tres hermanos resultaron positivos y se enfermaron. Debido a esto, nos vimos obligados a tomar medidas cada vez más estrictas. Por consejo de los médicos, no cantamos el Oficio Divino durante un mes y ni siquiera recibimos la Sagrada Comunión durante algunas semanas. Afortunadamente, siempre nos juntamos para rezar y tratamos de hacer la vida diaria lo más normal posible. Desde finales de julio todos los hermanos están curados.

En los diálogos comunitarios que tuvimos sobre la influencia de Covid-19, pensamos que nos sentíamos privilegiados durante el encierro con tanto espacio dentro y alrededor de nuestra casa. Los hermanos también han agradecido que siempre hayamos podido celebrar el Oficio Divino, mientras que a muchas personas no se les permitía ir a la iglesia. Toda la crisis nos ha hecho más conscientes de nuestra vocación como comunidad de oración. Al comienzo de la crisis, a petición de nuestro obispo, abrimos la iglesia en la tarde para orar (Adoración del Santísimo Sacramento) y la posibilidad de recibir el sacramento de la Reconciliación. Después de Pascua, cuando nosotros mismos teníamos tantos enfermos, paramos por razones de seguridad sanitaria. En la entrada de nuestra capilla colocamos la estatua medieval de la Madre de los Dolores, que gozó de especial veneración en la abadía de Mariawald. Todos los días arde una vela allí para recordarnos nuestra tarea de orar por el mundo.

Nuestra hospedería ya estaba cerrada a mediados de marzo, así como las celebraciones litúrgicas públicas. Recientemente estamos abiertos nuevamente los domingos para 100 personas que deben registrarse a través del sitio web. Esto va bien y el anhelo de participación de los fieles es grande. No se canta en esa celebración, de acuerdo con las reglas de la Conferencia Episcopal holandesa. La casa de huéspedes y las celebraciones entre semana todavía no están abiertas al público. Somos muy cautelosos en este momento.

Nuestra cervecería se vió muy afectada, pero ya está funcionando nuevamente. El restaurante y la tienda monástica han estado cerrados por mucho tiempo, pero ahora están abiertos nuevamente, con restricciones. La tienda web del monasterio nos dio algunos ingresos durante el cierre. La fábrica de queso continuó, pero los hermanos hacían queso dos veces por semana para el banco de alimentos local. También nuestra panadería ha horneado pan para las familias más pobres de la ciudad durante los meses de marzo a mayo. Era una forma concreta de solidaridad. Algunas comunidades religiosas en nuestra ciudad se han visto muy afectadas y las hemos ayudado lo más posible mediante la oración, el teléfono y otras atenciones. Nosotros mismos estamos agradecidos, también a nuestras casas hijas, por su oración y apoyo moral en días a veces difíciles.

El impacto del virus en nuestra comunidad es grande. Todavía hay miedo e inseguridad entre muchos hermanos. Los diálogos comunitarios nos ayudan a recoger todas nuestras diferentes reacciones a esta crisis. Ahora hay una cierta fatiga por el Covid-19 y un anhelo de descanso y relajación. Pronto organizaremos una semana de recreo para toda la comunidad con más atención para descansar y relajarse dentro y alrededor de la casa.